

COLECCIÓN POPULAR

755

MIRANDO A LOS OJOS DE LA MUERTE

JOSÉ REVELES

MIRANDO A LOS OJOS
DE LA MUERTE

Lo mejor de Pepe Reveles



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO ©

Primera edición, 2019

Reveles, José

Mirando a los ojos de la muerte. Lo mejor de Pepe Reveles / José Reveles ; pról. de Humberto Musacchio. — México : FCE, UIA, 2019

235 p. 21 × 14 cm — (Colec. Popular ; 755)

ISBN 978-607-16-6501-0 (FCE)

ISBN 978-607-417-620-9 (UIA)

1. Crónica periodística. 2. Crimen organizado – México 3. Narcotráfico – México 4. Corrupción – México 5. Violencia – México I. Musacchio, Humberto, pról. II. Ser. III. t.

LC HV6197.M5 R48

Dewey 303.6 R576 m

Distribución mundial

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

D. R. © 2019, Universidad Iberoamericana, A. C.
Prol. Paseo de la Reforma 880, Lomas de Santa Fe;
01219 Ciudad de México
publica@ibero.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6501-0 (FCE)

ISBN 978-607-417-620-9 (UIA)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Un ser de otra madera</i> , por Humberto Musacchio . . .	9
---	---

I

El dominio de Sinaloa	17
¿Hacia el cártel hegemónico?	23
Una historia de narco y traición	28
La ruptura largamente anunciada	39
Los Beltrán Leyva, violentos y efímeros	50

II

Inalienable derecho a especular	55
Versión mediática y verdad documental	59
Narco y Cisen contrataron a SAE	65

III

La Familia Michoacana, una gran estafa	71
Las granadas de Morelia	79
Plan A falló en Zacatecas	84
Testigos protegidos a modo	89
Ejecutan a testigos “desprotegidos”	96

IV

Nelson Vargas tenía razón	105
Martí, el enemigo en casa	110
Banda de La Flor: enorme y llena de policías	114

V

Militares <i>vs.</i> militares	123
Minicárteles y desertores del Ejército	126
Los Zetas, Iglesia en manos de Lutero	134
Tijuana, el cardenal y el Pozolero	139
México, cementerio de migrantes	145

VI

“El padrino” en Ciudad Madero	157
Guerra total a la Quina.	163

VII

Cártel del Golfo y los Salinas	175
Cogobierno PRD-narco	179
<i>Body count</i> y falsos positivos	191

VIII

La heroína que sí pasó	211
Vacas preñadas con cocaína	228
La vaca del Reclusorio Oriente	230
<i>Fuentes</i>	233

UN SER DE OTRA MADERA

LOS REPORTEROS, los mejores, son seres peculiares: observadores, inquisitivos, tenaces, altamente competitivos, egoístas, valientes, implacables, pedantes, imprudentes, desconfiados, gregarios pero individualistas, irreverentes y hasta tramposos, si el caso lo amerita.

Su trabajo es recoger, a como dé lugar, todo lo que es noticia, y una vez reunida la información, jerarquizarla y escribirla. Sus textos deben poseer la tensión dramática propia de la obra teatral, pero con la cuidadosa descripción de una novela y, cuando hay talento literario, un soplo de aire poético es la cereza del pastel, pues su objetivo, además de transmitir el acontecimiento, debe ser la seducción de quien ponga los ojos sobre su texto, pues como decían los viejos jefes de redacción, al periodista le pagan por escribir, pero al lector no le pagan por leerlo.

El reportero no está obligado a ser un estilista literario, aunque por supuesto los hay, pero sí debe emplear el lenguaje aceptablemente correcto. En el caso del reportaje, sus historias han de estar nutridas por los hechos y los dichos de sus protagonistas, pero con la cuidadosa envoltura de las circunstancias. No le está prohibido poner en juego su imaginación, pero sólo cuando de ese modo enriquece su historia sin faltar a la verdad.

Debe ser un buen lector, para lo cual ha de cotejar diariamente lo que publica el medio en el que trabaja y hacer el seguimiento de lo que informa la competencia. Por supuesto, está obligado a analizar los artículos de fondo, las fotografías y las caricaturas. Parte de su trabajo es revisar todas las secciones: política nacional e internacional, páginas financieras y notas urbanas: la información policiaca, la deportiva y por supuesto la cultural. Sí, todo el periódico, porque la gran nota puede sugerirla esa foto de interiores, la deducción de un articulista, el reportaje que algún colega "perdió en la máquina", la nota que se le fue a otro compa-

ñero por falta de olfato y hasta la caricatura que apunta y dispara al mismo tiempo.

No es casual que la mayoría de los reporteros empiecen sus carreras cubriendo las fuentes policiacas, pues ellos son, deben ser, detectives en busca del dato revelador, de la palabra clave, del contexto definitorio. De ahí que Alberto Ramírez de Aguilar, figura notable de la nota roja, bautizara su columna como “Siguiendo pistas”, pues a eso se dedican los mejores hombres de prensa, a indagar, a marchar tras las huellas de otros.

Todo eso lo sabe y lo practica Pepe Reveles, capitalino nacido en 1944, egresado de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, cofundador de Cencos, reportero de *La Prensa*, *Novedades* y las publicaciones de la casa *Excélsior*, de donde salió con Julio Scherer y otros próceres para fundar la agencia CISA y la revista *Proceso*. Por si algo faltara, es también autor de una amplia bibliografía y miembro fundador y directivo de la Unión de Periodistas Democráticos.

Dicho así parece muy fácil. Queda la impresión de que la vida ha sido siempre generosa con Reveles. Pero no hay tal. Don Pedro, el padre, dejó inconclusa la carrera de homeopatía y se dedicó a trabajar los metales como tornero, labor en la que era auxiliado por su prole. La madre, doña Rufina, murió a los 29 años dejando en la orfandad a siete hijos.

El fallecimiento de la progenitora hundió a la familia en el dolor y en el caos. El padre decidió irse a Tijuana, quizá con la esperanza de cruzar a los Estados Unidos y labrarse una vida mejor. Antes de marchar depositó a las hijas en un convento y envió a Reveles, en solitario, a la Ciudad de los Niños, un internado que fundaron los jesuitas en Guadalajara.

En aquel lugar aprendió Pepe a hacer balones y a rezar, pero en sus ratos libres leía con avidez libros que sacaba de la biblioteca, varios de ellos anotados en el *Índex*, la lista negra de lo que no deben leer los buenos cristianos. Con la cultura que adquirió de esa manera, pronto descolló entre sus compañeros y sus maestros lo recomendaron para que fuera aceptado en el Seminario Diocesano, donde pasó cinco años hasta que se convenció de que Dios no lo había llamado por el camino del sacerdocio.

Sólo dos veces lo visitó su padre en la capital tapatía. Pepe era un huérfano en todo sentido: abandonado, en la mayor pobreza; se vestía de ropa que le regalaban y supone-mos que agradecía al cielo el recibir las tres comidas y contar con un rincón para dormir... y para leer, porque mantuvo ese hábito y devoró libros de Georges Bernanos, de Pío Baroja y Paul Claudel, de Garcilaso y de Góngora, además, por supuesto, de obras menos piadosas o la revista *El Cuento* del llorado Edmundo Valadés. Esa temprana formación lo llevó a su primera experiencia como gente de prensa, pues se convirtió en corrector del periodiquito estudiantil.

Al dejar el Seminario, nuestro personaje decidió quedarse en Guadalajara y se fue a vivir a la casa de un amigo, donde pasó unos meses hasta que optó por regresar a la Ciudad de México, cuando apenas tenía 18 años. Volvió a casa del padre, pero la prolongada separación y el olvido habían dejado cicatrices. Pasado un año optó por establecerse aparte, alquiló un pequeño cuarto y entró en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Para mantenerse y pagar sus estudios compraba dulces que luego vendía al medio mayoreo en diversos establecimientos, y no le iba tan mal.

Debió ser un estudiante destacado, pues don Alejandro Avilés, entonces director de la Septién, lo recomendó con José Álvarez Icaza. Eran los tiempos del Concilio Vaticano II que había recomendado a la feligresía acercarse a los medios de comunicación. Fue así como Álvarez Icaza fundó Cencos, gesta en la que estuvo acompañado, entre otros, por José Reveles, entonces un muchacho de 19 años.

El Centro Nacional de Comunicación Social, que tal era el nombre completo de Cencos, fue una especie de escuela complementaria para Pepe, pues ahí hacía un poco de todo: escribía la síntesis informativa, redactaba material que se entregaba a la prensa y reportaba asuntos de interés para la institución, mismos que luego eran difundidos por diversos canales.

Entre fines de 1967 y principios de 1968 estuvo cuatro meses en *La Prensa*, donde fue corrector, cabecero y, con frecuencia, el encargado de cerrar la edición, lo que ocurría después de medianoche. Paralelamente seguía haciendo trabajos para Cencos, como la síntesis de noticias que empeza-

ba a las cinco de la madrugada. Por si fuera poco, al mismo tiempo investigaba y escribía su tesis. Tan tremenda carga de trabajo le hizo perder nueve kilos, pero ni por eso llegó a dudar de que su puesto estaba en el periodismo, que era su mundo, su vida.

En 1968 se celebró en Medellín, Colombia, la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana y Pepe la siguió desde la Ciudad de México, aunque le hubiera gustado estar en el sitio mismo de los debates. Entre 1968 y 1970 fue reportero de *Novedades* y por supuesto le tocó cubrir diversos aspectos del movimiento estudiantil, incluida la matanza de Tlatelolco, aunque aquel periódico no simpatizaba con la rebeldía de los jóvenes, a la que veía como producto de una conjura comunista.

No pasó mucho tiempo para que el oficio le diera la oportunidad de conocer Colombia. En 1970 fue enviado por *Novedades* a Bogotá para cubrir la toma de posesión del presidente Misael Pastrana Borrero, después de unas elecciones duramente cuestionadas. Reveles aprovechó el viaje para entrevistar a sacerdotes que, ante el cierre de opciones democráticas, defendían el camino de las armas seguido por Camilo Torres. En medio de aquella efervescencia, mandó una crónica que daba cuenta, en exclusiva, del nacimiento del M-19. Para su decepción, el periódico relegó a interiores todo ese material que anunciaba el inicio de una complicada etapa de la vida colombiana.

A su regreso, después de conocer el tratamiento que recibieron sus envíos desde Colombia, Reveles dio el gran paso profesional al convertirse en reportero de *Últimas Noticias*. En su primera semana ganó una nota que apareció en *Excelsior* y ése fue el boleto para incorporarse a la redacción de ese diario, el más importante de aquel momento, donde Julio Scherer, su director, había reunido a un talentosísimo grupo de reporteros, a caricaturistas como Abel Quezada y Rogelio Naranjo, a fotógrafos de calidad y a la planta más solvente de opinadores, quienes hicieron de las páginas editoriales una isla de dignidad en el mar de conformismo periodístico de aquellos días.

El entonces joven reportero se convirtió en parte de la más brillante constelación que se haya reunido en la historia del

periodismo mexicano, con líderes como el citado Scherer, Manuel Becerra Acosta, Miguel Ángel Granados Chapa y Miguel López Azuara, en años en que la gerencia de la casa *Excélsior* estuvo en manos de don Hero Rodríguez Toro. Un elenco de lujo donde no desentonaba el talentoso José Reveles, que para entonces ya impartía cátedra en escuelas profesionales.

En aquel momento, *Excélsior* se anunciaba como uno de los diez mejores periódicos del mundo y muy probablemente el mejor de habla española. La competencia lo veía con una mezcla de admiración y envidia. Sus reporteros marcaban la pauta en las conferencias de prensa, las primeras planas eran impactantes, sus articulistas resultaban indispensables y todo se conjugaba para que cualquier colega anhelara ser parte de aquella tribu memorable.

Pero vino el desencuentro con el presidente Luis Echeverría y el sueño terminó abruptamente. El 8 de julio de 1976, Scherer y 300 periodistas salieron de *Excélsior* por una canallada del poder, algo propio de las miserias del viejo régimen. Los integrantes de aquel éxodo habían sido derrotados, pero no vencidos, y semanas después crearon la agencia CISA (Comunicación e Información, S. A.) y luego *Proceso*, el semanario que ensanchó la libertad que habían conquistado antes en *Excélsior*.

Pepe fue jefe de información de CISA y de *Proceso*, lo que representaba un trabajo pesado y absorbente, pero ni así relegó el imperativo de la vocación y, un día sí y otro también, continuó trabajando los reportajes que hicieron de la revista un punto de referencia indispensable para la vida pública de México.

Seis años después, previo acuerdo con Scherer, Reveles se incorporó a la agencia ANSA, donde trabajaba por las mañanas y en las tardes se dedicaba a *Proceso*. Ahí lo hostilizaba Enrique Maza, de quien Pepe no guarda un buen recuerdo, pues con ganas de ponerlo en evidencia le encargó un reportaje sobre el nepotismo de los gobernadores, lo que hubiera obligado a viajar por la República a alguien con menos colmillo. Pero lo que hizo nuestro reportero fue trabajar telefónicamente estado por estado y sólo se desplazó a San Luis Potosí, con lo cual pudo redondear brillantemente aquel trabajo.

Para los buenos periodistas es difícil hacer huesos viejos en un solo medio. Finalmente, Reveles dejó *Proceso* y fundó la revista *Filo Rojo*, que vivió de 1991 a 1993. Era una publicación de reportajes policiacos imbuidos de un intenso sentido social. Luego, en 1994, creó *De Par en Par*, publicación de la que era dueño un empresario ajeno a la comunicación y el proyecto murió en el mismo año.

Invitado por Ricardo Rocha, Pepe condujo en radio el programa informativo *Detrás de la Noticia* y por supuesto desplegó sus dotes como reportero para la emisión televisada. Igualmente lo hizo al lado de Roberto Rodríguez Baños en Capital 21, la televisora de la Ciudad de México, y con Blanche Petrich condujo en W Radio el programa de análisis *La hora de la verdad*.

Fue reportero de asuntos especiales de *El Financiero* en la época dorada de ese diario, cuando el narco y la delincuencia organizada iban ganando espacios al Estado. Ahí le tocó trabajar sobre acontecimientos que cimbraron a México, como los asesinatos del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, de Luis Donald Colosio y José Francisco Ruiz Massieu.

Al jubilarse en 2005, Reveles dejó de trabajar para diarios y revistas, pero siguió haciendo libros de reportaje, los que son buen ejemplo de lo aprendido en décadas de diarismo. Es autor de la columna “Los datos duros” que aparece en varios impresos de la República y estuvo tres años al frente de la Cátedra Miguel Ángel Granados Chapa de la UAM Cuajimalpa.

En más de medio siglo, prácticamente no hay hecho de relevancia que haya escapado a su penetrante mirada. Gracias a sus trabajos de denuncia ha logrado que sean liberadas varias personas injustamente encarceladas. Por su conocimiento del mundo criminal, el subsecretario de Gobernación Alejandro Encinas lo invitó a trabajar en el área de derechos humanos, y ahí está, pero no puede ignorar el llamado de la selva, pues confiesa que prefiere el trajinar del reportero a las estrategias de alto nivel.

Sí, porque José Reveles es un reportero de la cabeza a los pies. Nada más, pero nada menos.

HUMBERTO MUSACCHIO

EL DOMINIO DE SINALOA

EL CÁRTEL de Sinaloa, también llamado del Pacífico, tiene orígenes que se remontan a principios del siglo xx y ha logrado establecer ramificaciones hasta en 47 países de todos los continentes, según datos de Naciones Unidas citados por el experto Edgardo Buscaglia, quien afirma además que la mayor parte de los municipios de la República Mexicana se han “feudalizado”, como él califica la toma de control político-policial por parte de grupos de delincuencia organizada.

Esta organización criminal parecía irse convirtiendo en hegemónica por su avasallador ingreso a casi todas las regiones de la República. El cártel de Sinaloa y los demás que le disputan el negocio participan en 22 delitos graves que incluyen, aparte del tráfico de drogas, el lavado de dinero, el contrabando, el secuestro, el tráfico de personas, el comercio de armas, el cobro de piso contra comercios establecidos, empresas y también transportes y escuelas, entre otros. Los de Sinaloa pasaron de surtir 55% de las drogas que se consumen en los Estados Unidos a 90% del total, detalló Buscaglia.

Los principales dirigentes conocidos del cártel de Sinaloa son Joaquín el Chapo Guzmán Loera, Ismael el Mayo Zambada García y Juan José Esparragoza Moreno, el Azul. Otro líder histórico, Ignacio el Nacho Coronel, fue abatido en Zapopan, zona conurbada de Guadalajara en Jalisco, a finales de julio de 2010.

El Chapo Guzmán fue colocado, durante dos años consecutivos (2009 y 2010), en la lista de los más ricos del mundo por la revista *Forbes*, al lado de magnates internacionales como Bill Gates y de media docena de multimillonarios mexicanos como Carlos Slim, Emilio Azcárraga, Ricardo Salinas Pliego y María Asunción Aramburuzabala, ex esposa del que fuera embajador estadounidense en México Tony Garza, entre otros.

Guzmán se evadió de un penal de supuesta “alta seguridad”, Puente Grande, Jalisco, en enero de 2001 (desde entonces renombrado “Puerta Grande” por la picaresca popular), mediante sobornos millonarios en dólares a autoridades y custodios, y gracias a un dominio largamente construido en la cárcel. Esto se confirmó en los voluminosos expedientes de la fuga, en el arresto de casi un centenar de custodios y hasta del director de la cárcel, Leonardo Beltrán Santana, quien pagó una condena de nueve años y ya está en libertad. La *vox populi* y medios de prensa identifican al Chapo como el capo intocable, inasible, siempre prófugo, oficialmente perseguido, pero activísimo en el tráfico de drogas, el más poderoso del país y del continente, sin lugar a dudas, pero igualmente el nunca localizable por la autoridad. Es el menos acosado en la práctica, el consentido de dos gobiernos y, por ello, también el “incómodo” frente a la opinión pública. Dos procuradores de la República —Daniel Cabeza de Vaca y Eduardo Medina Mora— hicieron un ridículo histórico cuando lo clasificaron equivocadamente como un mito popular ya retirado de su actividad, como si fuese más un capo de relumbrón que un jefe real del tráfico. Ello no es óbice para que Cabeza de Vaca sea hoy consejero de la Judicatura Federal y Medina Mora embajador en Londres.

A la vuelta de los años, resultó que el secretario de la Defensa Nacional, el general Guillermo Galván Galván, confesó ante el director nacional de Inteligencia de los Estados Unidos, Dennis Blair, que no había sido posible que el gobierno capturara al Chapo Guzmán porque tiene una guardia pretoriana de 300 hombres que tienden en torno de él un cerco inexpugnable. Antes, el ex zar antidrogas José Luis Santiago Vasconcelos lo calificó como el capo del narco más inteligente y con más capacidad de reacción al que se haya enfrentado la autoridad. Vasconcelos murió en un extraño accidente aéreo cuando llegaba a la Ciudad de México junto con el entonces secretario de Gobernación Juan Camilo Mouriño, otros siete ocupantes de la aeronave y ocho transeúntes cuando se estrellaron a menos de dos kilómetros de la casa presidencial de Los Pinos, en la capital, el 14 de noviembre de 2008.

Otro funcionario mexicano, el cual no fue identificado por su nombre, decía a *The Economist* en 2009 que el Chapo Guzmán era un individuo superdotado, el que aparentaba estar menos acosado por la autoridad por ser muy inteligente y amo y señor de un territorio de 60 000 kilómetros cuadrados de zona montañosa (Badiraguato, en Sinaloa; Canelas, en Durango) en donde se requerirían unos 100 000 soldados “para rodear y peinar la zona y aun así no estoy seguro de que habría éxito en la captura del capo”. Ubicarlo es tan difícil como localizar a Osama Bin Laden en las montañas de Afganistán, se llegó a comentar.

El Chapo Guzmán se convirtió en leyenda muchos años antes, desde que ocurrió la balacera en la que murió asesinado de 14 disparos el cardenal arzobispo de Guadalajara, capital de Jalisco, Juan Jesús Posadas Ocampo, el 24 de mayo de 1993. La versión inicial era que el prelado había sido confundido con el capo, pero luego se modificó para decir que el purpurado católico empleaba un Grand Marquís último modelo blanco al llegar al aeropuerto, idéntico al que solía utilizar la esposa del traficante y entonces la “confusión” tuvo que ver con el vehículo, pues los enemigos del Chapo, los hermanos Arellano Félix, dirigentes del cártel de Tijuana, habían llegado a Guadalajara con dos docenas de sicarios para liquidar a Joaquín Guzmán y a su compadre Héctor el Güero Palma Salazar. Estos traficantes (el Chapo y el Güero) trataban de mantenerse lejos de los reflectores, excepto cuando a finales de 1992 ellos intentaron asesinar a los Arellano Félix en la discoteca Christine, en el balneario de Puerto Vallarta, también en Jalisco, empleando a 40 sicarios y un camión Torton de carga blindado a un costo multimillonario. En el ataque se mostró que unos y otros profesionales del narcotráfico poseían credenciales oficiales de diversas policías.

Capturado en la frontera México-Guatemala a las pocas semanas del asesinato del cardenal (junio de 1993), el Chapo fue enviado a la cárcel de alta seguridad de Almoloya, pero dos años después logró ejecutar lo que llamé entonces una “fuga técnica”, pues se hizo trasladar mediante un pago millonario en dólares al penal de Puente Grande, donde ya estaba su socio el Güero Palma.

Cuando el Chapo se evadió del penal en un carro de ropa sucia que, supuestamente, iba a la lavandería, el entonces presidente Vicente Fox hizo esta sorprendente declaración: “Nos metieron un gol; vamos uno a cero”. Con el tiempo, y a tono con el desenfadado lenguaje de Fox, se puede calificar de “goliza” la ventaja que los criminales tomaron en contra de una autoridad que no le encuentra la cuadratura al círculo de la delincuencia.

El gobierno mexicano ha intentado desmentir, por todos los medios, que en su guerra contra el narcotráfico esté privilegiando a una organización en particular. Ése es el discurso, pero en la práctica los datos ofrecidos por la administración de Felipe Calderón y los “triumfos” conocidos y mil veces reivindicados en informaciones y en cápsulas propagandísticas en los medios indican exactamente lo contrario. Veamos el más reciente informe presidencial (septiembre de 2010) y sus anexos informativos.

Escribió la Policía Federal que detuvo a 43 530 presuntos delincuentes en flagrancia y entre ellos había 1 753 vinculados a alguna organización de tráfico de drogas, en donde aparece el cártel de Sinaloa en tercer lugar entre los que han recibido más golpes de la autoridad.

Según el recuento, el más diezmado sería el cártel Golfo-Zetas con 653 capturados (esa organización ya se había escindido y desplegaba una guerra intestina en varios estados del país, sobre todo en Tamaulipas y Nuevo León). En segundo lugar aparece La Familia Michoacana, con 560 líderes detenidos. En tercer lugar, aun siendo el más poderoso de México y de América Latina, está el cártel de Sinaloa (al que el informe llama cártel del Pacífico), con 325 detenidos, menos de la mitad que la alianza Golfo-Zetas.

Siguen el cártel de Juárez con 116, los Arellano Félix con 65 y, caso insólito, se reporta que México detuvo a 34 integrantes de un cártel extranjero, el cártel del Valle de Colombia. En la contabilidad se le olvidó a la Policía Federal contar a algunos pocos capturados de la organización Beltrán Leyva. Y no había uno solo al que se atribuyese pertenecer a la organización de Edgar Valdez Villarreal, la Barbie, a quien se presentó una semana antes de este informe como un gran “capo” del narcotráfico.

Al abatido Nacho Coronel se le atribuyeron, después de desaparecido, capacidades de elaborador y traficante de drogas sintéticas a un grado tal que ya era nombrado por la Agencia Antidrogas estadounidense, la DEA, el Rey del Ice o el Rey del Cristal. En esa tesitura, habría llegado a ser un capo con inmensa capacidad de producir metanfetaminas, como antes lo fueron el traficante chino mexicano Zhenli Ye Gon y los hermanos José Luis, Jesús y Adán Amezcua Contreras, todos ellos introductores de efedrinas, pseudoefedrinas y otros precursores en México.

Nuevamente los expertos llegaron a la conclusión de que el mayor beneficiado con la desaparición de Nacho Coronel era su viejo socio el Chapo Guzmán, pues resulta que Coronel estaba tan adelantado en el negocio de las nuevas drogas de diseño que comenzaba a dar señales de independencia respecto del cártel de Sinaloa, al cual pertenecía, para fundar su propia organización, con sede en Jalisco.

El año 2011 comenzó con el anuncio de la Procuraduría de que daría recompensas por casi 100 millones de dólares para poder arrestar a un centenar de narcotraficantes mexicanos. En primerísimo lugar se ubicaba a Joaquín el Chapo Guzmán, con tres millones de dólares para quien ofreciese datos para su captura. Y es que había urgencia por dar cumplimiento a la promesa que hizo el presidente Felipe Calderón en su mensaje de Año Nuevo: “Puedo asegurarles que estamos avanzando en la ruta correcta [en el tema de la seguridad] y que vamos a derrotar a los criminales”.

La otra cara de la moneda es que el Chapo Guzmán, a quien la revista *Forbes* ubica como magnate y le atribuye, quién sabe con qué metodología, una fortuna superior a 1 000 millones de dólares (seguramente “muy superior”), tiene enviados en Turquía, en Afganistán, en la India y Medio Oriente para pactar entregas de heroína que luego serán distribuidas en países de Europa y en los Estados Unidos —a la manera como operan las empresas llamadas *outsourcing* en el mundo—, detallaba el experto de Naciones Unidas Edgardo Buscaglia en entrevista telefónica concedida en enero al diario *El Universal*, cuando el especialista se hallaba justamente en Afganistán.

Ese mismo día aparecía la información de que el cártel de Sinaloa había establecido bases armadas en Perú, cerca de la frontera con Ecuador. Según el fiscal peruano Luis Arellano Martínez, había decenas de hombres armados en Ayabaca, sierra norte del departamento del Piura, apoyando los envíos de cocaína que hacen desde Guayaquil y Carlamanga grupos mexicanos asociados con los colombianos Rubén Castro Gómez y William Samboni.

Hay que decir que los ataques selectivos del gobierno terminan beneficiando y fortaleciendo al cártel de Sinaloa, el cual avanza en poderío hasta irse convirtiendo en hegemónico. Su líder más conocido, Joaquín el Chapo Guzmán, cumplía 10 años sin ser capturado desde que se evadió, sin necesidad de disparar una bala, del penal de supuesta alta seguridad de Puente Grande, Jalisco.

Paradigma de lo que es un negocio transnacional bien estructurado, el cártel de Sinaloa negocia con cualquier tipo de sustancia ilícita y ha establecido bases operativas y financieras en 47 países, de acuerdo con datos que posee Naciones Unidas, incluidos Tailandia, India, Afganistán y varios países de África. Ya ni se diga Europa y, por supuesto, toda la extensión de América Latina y los Estados Unidos.

Además de su ex jefe de custodios Dámaso López, sirven al Chapo Manuel Alejandro Aponte, apodado el Bravo, ex militar de élite graduado con honores en 1993, y Francisco Machado el Barbarino, todos al frente de ex policías, ex soldados y ex kaibiles guatemaltecos, de pandilleros de la Mara Salvatrucha y de una galería de criminales de toda laya reclutados preferentemente en Sinaloa, Durango y Chihuahua, los tres estados del norte de México que forman el llamado Triángulo Dorado mexicano de la droga.

¿HACIA EL CÁRTEL HEGEMÓNICO?

HAY INDICIOS y datos duros, análisis y declaraciones públicas de que el gobierno mexicano ataca de manera selectiva a las organizaciones del tráfico de drogas. Desde hace poco más de nueve años la sabiduría popular le endilgó al Chapo Guzmán Loera el mote adicional del *Capo del Sexenio*.

Desde 2006 el rango de Guzmán Loera se elevó al de traficante consentido transexenal, el *dizque* más buscado, al que *dizque* ya merito agarran, el *dizque* perseguido todo el tiempo, el que *dizque* anda “a salto de mata”. Pero la realidad es otra: el Chapo es el “intocable” del panismo. Y junto con él, también se han convertido en inalcanzables para el brazo de la justicia sus socios principales: Ismael el Mayo Zambada, Juan José Esparragoza el Azul, Ignacio el Nacho Coronel y el menos expuesto de todos, Adán Salazar Zamorano.

En Sinaloa cuentan que unos días antes de que el archienemigo del cártel del Pacífico, Arturo Beltrán Leyva, fuera liquidado físicamente en Cuernavaca, se vio al Chapo comiendo en el restaurante El Dorado, que está en la salida que lleva de Culiacán hacia la costa, donde despachan unas gorditas de carne adobada con un sabor de antología. Por lo bajito un hombre le murmura a un comensal, haciendo una seña con la barbilla: ¿sabes quién estaba sentado allí donde estás tú, hace una semana? Sin esperar respuesta el hombre alude al *intocable*, al que para muchos es también *innombrable*. Lo dice el hombre en un suspiro, que así es como se pronuncian el apodo, los apellidos o el nombre de pila del capo.

Hoy, el cártel más poderoso y menos combatido de México ha extendido sus tentáculos hacia decenas de países en cuatro continentes, manejando al menos 3 500 empresas en todo el planeta. Este último dato lo aportó a *The Economist* el doctor Edgardo Buscaglia, académico del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y coordinador del Pro-

grama Internacional de Justicia y Desarrollo. Las cifras, me dice Buscaglia en una conversación personal, se sustentan en monitoreos en países de Europa y en la lista de control de activos financieros e inversiones de los Estados Unidos. La del Pacífico es, hoy por hoy, una verdadera confederación, una organización criminal perfectamente globalizada que actúa con una estructura piramidal de empresa próspera, asegura con énfasis Buscaglia. El especialista, que ha sido asesor de Naciones Unidas y ha trabajado en varios países, comenzó una fuerte polémica cuando declaró a *The Economist* que la estrategia de guerra del gobierno mexicano se había centrado en los grupos de traficantes más débiles, “de manera que el mercado de las drogas y de la delincuencia organizada apunta a la consolidación del cártel de Sinaloa”.

Así pues, la empresa del Chapo se fortalece cada vez que el Ejército, la Policía Federal y ahora los marinos de élite, muy bien entrenados en los Estados Unidos, presumen sus “triumfos” contra el narcotráfico, traducidos en esporádicos descabezamientos de líderes, mas no en el desmantelamiento de las vastas estructuras criminales: además de la muerte de Arturo Beltrán, el encarcelamiento de su hermano Carlos y, más recientemente, la captura en La Paz, Baja California, del feroz criminal apodado el Teo o el Tres Letras, Teodoro García Simental, nada hay que indique el fin o la disminución del poderío de los traficantes. Más bien lo que parece delinearse es la clara intención de concentrar el poder y consolidar la hegemonía de un solo grupo, el de Sinaloa, también llamado cártel del Pacífico o La Federación, para facilitar una negociación entre la autoridad y esta organización delictiva. Paradójicamente, en este momento el de Sinaloa es el “cartel incómodo” del panismo.

Cabe mencionar aquí que no pocos sectores del gobierno, acompañados por ex funcionarios y el vocero del ex presidente Vicente Fox, se han pronunciado en este sentido, es decir, en el de la búsqueda de acuerdos con los capos. *The Economist* citó en enero, como contraparte, como forma de corroborar o confrontar los dichos de Buscaglia, a un vocero del gobierno mexicano, quien paladinamente reconoció que se ha atacado menos al cártel de Sinaloa porque se trata de un grupo “más inteligente y más sofisticado”, cuyos

líderes han preferido actuar con un bajo perfil y acudiendo a los métodos violentos con menos frecuencia.

Contrariamente al trato brindado a este cártel, el líder de los Beltrán Leyva, Arturo, fue descubierto y finalmente ejecutado. El Barbas gozaba de la protección de mandos de la Armada, con quienes convivía en forma por demás placentera en la Base de Icacos, en Acapulco, desde donde, junto con sus hermanos Héctor y Alfredo, se hacía cargo de la plaza de Guerrero, aún bajo las órdenes del cártel de Sinaloa. Pero cuando rompió con el Chapo Guzmán y el Mayo Zambada quiso mantener el poderío en el estado mencionado, sobre todo en la Costa Chica y en buena parte de La Montaña, que permite las conexiones hacia Oaxaca, Michoacán y el Estado de México. De alguna manera, la desavenencia de los Beltrán con La Federación implicó también su ruptura con el Estado mexicano, pero a esto volveremos más adelante.

Según *The Economist*, el funcionario gubernamental consultado, que prefirió guardar el anonimato, describió cómo Joaquín el Chapo Guzmán sobornó a las autoridades para salir de una cárcel de alta seguridad en enero de 2001. Y cómo es que ahora domina un territorio de 60 000 kilómetros cuadrados de montañas “en las que se necesitarían 100 000 soldados para rodear y peinar la zona y aun así no estoy seguro de que habría éxito en la captura del capo”.

Buscaglia ironizó sobre las declaraciones del vocero anónimo: “Son una vacilada y revelan una torpeza extrema”. También criticó a quienes pugnan por negociar con los jefes del narco porque éstos actúan “como idiotas útiles”, si es que no están en alguna nómina, refiriéndose a los viejos amigos con antecedentes de militantes de la izquierda que terminaron incorporándose al “voto útil” y aceptando colaborar en el sexenio de la llamada alternancia: Jorge Castañeda (ex canciller) y Rubén Aguilar (ex vocero de la Presidencia). “Hablar del hipotético empleo de 10 000 soldados para atrapar a un solo individuo no se le ocurrió ni en sus más agresivos momentos a George Bush”, se burló Buscaglia. El dominio y la operación del Chapo y del resto del cártel de Sinaloa no son territoriales, son globales y están dispersos

por muchos países. Sobre la negociación con los narcotraficantes, el especialista opinó que no es el mejor camino para México, que en su lugar se debería lograr un acuerdo político nacional que incluyera a los empresarios y a los líderes sociales, para combatir a fondo el fenómeno de la criminalidad. Aseguró que, a la luz de lo que hoy ocurre, “uno tiene necesariamente que llegar a la conclusión de que el gobierno mexicano está aplicando la estrategia de la negociación”. El pacto nacional del que habla Buscaglia es como el que se dio en Colombia, y asegura que sin éste nunca podrá frenarse la “mafiosización” de México. “Hay que llegar al fondo, como en el país sudamericano, donde más de 30% de los miembros del Congreso fueron investigados y enjuiciados.” Lo más grave sería que se diera el pacto (que no debe buscarse) justo en estos momentos, en los que la guerra oficial se encuentra en un estado lamentable y no es sino un hecho fallido, con total descontrol y pasmo por parte de la autoridad. Si así fuera, el gobierno carecería de la fuerza y el mínimo poder para ganar algo en un supuesto acuerdo. El monstruo ya se creó, existe ese Frankenstein, pero negociar con él sería fortalecerlo y convertirlo en indestructible, terminaría por capturar aún más al Estado mexicano, incluidos sus núcleos políticos, intelectuales, empresariales y financieros, “hasta el punto de poder doblegarlo totalmente”.

Buscaglia también asegura que los capos de la droga en México se han propuesto capturar países enteros, igual que como ya se han apoderado de México.¹ En este punto ejemplifica la intrusión de los mexicanos en Guatemala, donde han provocado una enorme ola de violencia y ejercen un dominio territorial absoluto. Más recientemente, esto también ha sucedido en Paraguay, asegura el investigador, don-

¹ Los cárteles mexicanos participan en 22 tipos de delitos (tráfico de droga, lavado de dinero, tráfico de personas, secuestro, contrabando de armas) en 47 países del mundo: además de los Estados Unidos y de la Unión Europea, trabajan en casi toda América Latina, en varias naciones africanas y en siete países de Asia. Hoy los cárteles mexicanos son la mayor amenaza del hemisferio y forman parte del elenco de los cinco grupos criminales más peligrosos del mundo. En apenas 10 años, los traficantes mexicanos pasaron, por ejemplo, de surtir 55% de la cocaína que se consume en los Estados Unidos a proveer 90%, según reportes del Departamento de Estado.

de los personeros del narco apuestan inclusive al juicio político y derrocamiento del presidente Fernando Lugo. En la actualidad hay una gran ofensiva de criminales mexicanos en el extranjero que ambicionan un dominio político que ni siquiera los colombianos alcanzaron. Por supuesto, este grupo, que crece exponencialmente hacia el exterior, es el más poderoso y el único *tolerado* por las autoridades: el cártel de Sinaloa es la agrupación criminal responsable de 45% del tráfico y producción de drogas en México; sin embargo, y de manera por demás curiosa, de entre los 55000 individuos asociados al crimen organizado capturados por el gobierno apenas unos cuantos cientos pertenecen a este grupo y del total ni siquiera 2% llega a una condena.

UNA HISTORIA DE NARCO Y TRAICIÓN

ALFREDO JIMÉNEZ MOTA tenía 26 años cuando fue secuestrado. Antes de ser “levantado”, como se dice en el argot que él mismo utilizaba, el joven periodista había publicado en *El Imparcial* de Hermosillo, en enero de 2005, varios textos en los que daba a conocer las actividades de los hermanos Beltrán Leyva, a quienes entonces bautizó como *Los Tres Caballeros*.

Cinco años después de su secuestro, Alfredo seguía sin aparecer. Los testimonios que hoy lo dan por muerto, de los cuales se hablará en este libro, acusan del crimen a quienes él denunciara como los máximos operadores del tráfico de droga en el norte de Sonora, desde Navojoa hasta Agua Prieta y cruzando la frontera con los Estados Unidos por San Luis Río Colorado.

Congruente con la violencia que hoy asuela México y que no parece acercarse a su fin, el hombre que levantó, interrogó, torturó y ordenó ejecutar a Jiménez Mota fue Raúl Enríquez Parra, mejor conocido como el Nueve, quien tiempo después sería también levantado, torturado, ejecutado a garrotazos y lanzado desde una avioneta, junto con los cuerpos de otros tres jefes narcotraficantes: Rosario Parra Valenzuela, Alfonso García Fernández y Héctor Alonso Ahumada Martínez, en la comunidad de Masiaca, Navojoa, el 22 de octubre de 2005. Este acto fue una ominosa advertencia del cártel de Sinaloa, hoy conocido como La Federación o cártel del Pacífico, para que cesaran las traiciones y se pusiera fin a la violencia que varios de sus integrantes en Sonora habían desatado por iniciativa propia y que ya sólo obedecían a Alfredo Beltrán Leyva, el Mochomo.

En esta historia subyace una trama de impunidad, corrupción y nexos entre policías, militares, jueces, directores y custodios de diversas cárceles con narcotraficantes; nexos criminales que se han perpetuado durante décadas y que, pese a las ejecuciones, los arrestos de capos, sicarios

y narcomenudistas, no han hecho sino recrudecer el clima de violencia, inseguridad y desgobierno. Cuando Felipe Calderón cumplió tres años en la Presidencia, la cifra de ejecutados alcanzó más de 16 300 (10% eran policías o militares).

A lo largo y ancho de la nación mexicana se ha extendido, como cáncer corrosivo e invasor, la criminalidad asociada con una violencia que no respeta ya a ciudadanos inocentes; la época del “se matan entre ellos” ha acabado. Hoy dos tercios de los estados de la República sufren las consecuencias de la inseguridad, pese a que se han involucrado 50 000 soldados, 5 000 marinos, 30 000 policías federales y miles de agentes estatales y municipales en esta tercamente llamada “guerra contra el narcotráfico y la delincuencia organizada”.

Ante este panorama tan desolador como inabarcable, vale la pena desentrañar las razones, las causas y las consecuencias de la tragedia que nuestro país está viviendo, tomando una de las partes del rompecabezas. Así, en estas páginas nos concentraremos en un segmento del tejido social dañado, aquel que ha rodeado la existencia de los hermanos Beltrán Leyva, quienes de cómplices y socios se convirtieron en irreconciliables enemigos de Joaquín el Chapo Guzmán, Ismael el Mayo Zambada, Juan José Esparragoza Moreno el Azul e Ignacio el Nacho Coronel.

En sus reportajes, Alfredo Jiménez Mota dejó visibles a los hermanos Beltrán Leyva y acusó a su tocayo Alfredo, el Mochomo, de ser el jefe operativo de la banda Los Números, también llamada Los Güeritos. Tres años después, en enero de 2008, el Mochomo fue capturado por el Ejército en su casa de Culiacán.

Tras la detención, los medios de comunicación, así como diversas autoridades mexicanas, enrarecieron el clima soltando el rumor de que el Chapo Guzmán había otorgado los datos definitivos para la captura de Alfredo Beltrán. Los hombres al servicio de los Beltrán Leyva interpretaron este golpe como una clara traición. Muchos ubican aquí el detonante definitivo que marcó el inicio de la lucha encarnizada por el imperio del cártel de Sinaloa. No importó siquiera que

el Mochomo y el Chapo tuvieran lazos familiares:¹ el negocio, la hegemonía y el control de los territorios y las plazas se había vuelto lo único importante, máxime cuando desde el gobierno la voz de guerra contra la organización de los Beltrán Leyva ya sonaba.

Los tiempos en los que del parentesco emanaba un respeto incuestionable, en los que el miembro de una familia era intocable para sus rivales, aun tratándose de los peores enemigos, en México se terminaron hace ya varios lustros. El negocio de la droga ya no respeta. Un desplegado que mandaron publicar 13 familias de sinaloenses en 1992 pedía a las autoridades poner freno a las ejecuciones (iban 26) perpetradas por sicarios del Chapo Guzmán y el Güero Palma. Este llamado de auxilio se dio cuando un comando “levantó” y victimó a nueve personas en Iguala, en septiembre de 1992, todos familiares o conocidos de Miguel Ángel Félix Gallardo (quien estaba entonces y sigue aún en prisión) y entre quienes aparecían sus abogados Federico Livas Vera y Teodoro Ramírez Juárez. Otro ejemplo que puede mencionarse es el de Amado Carrillo, cuando en mayo de 1994, apoyado por militares bajo las órdenes del general Jesús Gutiérrez Rebollo, ejecutó en Culiacán al capo histórico Carmelo Avilés Labra y, el día de su sepelio, secuestró a su hermano José el Moro y a otras 11 personas, ninguna de las cuales aparecería jamás viva o muerta.

Volviendo a la captura del Mochomo, en enero de 2008, es importante añadir que fue poco después de ésta cuando las autoridades mexicanas liberaron al hijo del Chapo, Iván Archibaldo Guzmán, situación que pareció confirmar el cambalache, el toma y saca entre delincuentes y gobierno. Ambos acontecimientos, que en realidad son uno solo, desataron la feroz guerra entre los grupos, según numerosos especialistas consultados, algunos de los cuales aseguran que Arturo Beltrán Leyva, el Barbas, el mayor de los hermanos, había aceptado darle un escarmiento a Alfredo, pero que al verlo expuesto a la burla pública, entre militares y

¹ El Mochomo se casó en segundas nupcias con Patricia Guzmán Núñez, hija de don Ernesto Guzmán Hidalgo, medio hermano de Emilio Guzmán Bustillos, el padre de Joaquín el Chapo Guzmán.

luego en una prisión de alta seguridad, enloqueció de ira y juró vengar la afrenta, sin medir consecuencias.

En busca de esa venganza, el Barbas decidió asociarse con sus peores enemigos: Los Zetas (los gatilleros del cártel del Golfo), y con sus viejos conocidos del cártel de Juárez. Tuvo que hacerlo porque sin esos nuevos aliados no reunía la fuerza suficiente para enfrentarse al cártel del Pacífico, que para entonces era el más poderoso del país y al que él mismo había pertenecido y conocía desde sus entrañas.

Apenas dos años después, la suerte de los Beltrán Leyva había cambiado de manera radical. Del bajo perfil que mantuvieron pasaron a una creciente y constante exposición en los medios de comunicación, con lo que esto implica: todo el tiempo se les atribuían crímenes y se les acusaba de gastar cientos de millones de dólares en sobornos a altos mandos de la Procuraduría General de la República (PGR), la Secretaría de Seguridad Pública (SSP) y la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena). Más adelante hablaremos de las Operaciones Limpieza de 2002 y 2008, en las que aparecen las evidencias de estos hechos. Además, recuérdese que el ya fallecido zar antidrogas de México, José Luis Santiago Vasconcelos, les imputó a los Beltrán Leyva dos intentos de asesinato contra su persona.

Hoy dos de los hermanos Beltrán están en prisión: Alfredo, el Mochomo, que fue ingresado en enero de 2008, y Carlos, que fue encerrado el 30 de diciembre de 2009. Arturo (quien en su acta de nacimiento aparece como Marcos) murió acribillado por elementos de la Armada de México el 16 de diciembre de 2009, en un condominio de lujo en Cuernavaca, Morelos.

La ultrajante exhibición del cadáver de Arturo Beltrán, que fue mostrado por la autoridad como si se tratara de un trofeo de caza, con el pecho y el vientre colmados de billetes, no sólo repugnó y ofendió a la sociedad mexicana, sino que prácticamente anuló el mérito que implicaba la eliminación de uno de los capos más violentos de la época reciente. El obispo de Saltillo, Raúl Vera, denominó el acto como “ejecución de Estado”, colocándose el gobierno a la par de los más bajos criminales. Para colmo, si se mira con deteni-

miento la secuela fotográfica de la carnicería, bajo los billetes colocados por gente al servicio del Estado que pretendía enviar a otros criminales el mensaje de “ni todo el dinero del mundo te salva de morir acribillado como si fueras un animal”, se asoma la razón última de la existencia amenazante y el auge del tráfico de drogas y de la criminalidad organizada en México: ahí está, bajo el dinero ensangrentado, la placa, la charola, el huevo que utilizaba Arturo Beltrán Leyva para ser, además de un poderoso narcotraficante, un todopoderoso comandante de las fuerzas policiales, el Jefe de Jefes de la corrupción generalizada. No olvidemos que el día en que fue abatido a tiros, Arturo Beltrán iba a reunirse, para compartir el pan y la sal —y algo más—, con el jefe de la XXIV Zona Militar de Morelos, el general Leopoldo Díaz Pérez, con un mayor y con un capitán del Ejército, según publicó la revista *Proceso*, sin que al día de hoy haya habido algún desmentido oficial.

Esta última información, además de confirmar que desde el gobierno se conocía a la perfección la agenda de Arturo Beltrán, demuestra que existió la posibilidad de llevar a cabo un operativo realmente “quirúrgico”, precedido por labores de inteligencia de la Secretaría de Marina, de las que se había excluido al Ejército, a la PGR, a la SSP y, por supuesto, a las igualmente penetradas y corrompidas corporaciones estatales. Sin embargo, lo quirúrgico fue mediático, y una operación que debía ser de Estado pareció convertirse en una balacera entre bandas rivales.

¿Fue éste un acto soberano? Todo apunta a que no, a que hubo un acuerdo con Washington, asociado a la ayuda nada desinteresada de la Iniciativa Mérida. Y es que el gobierno de los Estados Unidos necesitaba comprobar si en México quedaba algún cuerpo institucional que aún no hubiera sido corrompido. Se necesitaba saber si la Armada era capaz de evitar filtraciones de información, que en tantas ocasiones habían tirado por los suelos los operativos diseñados para capturar a diversos delincuentes. Jorge Camil, en su artículo “Cuernavaca: de la mano de la DEA”, publicado en *La Jornada*, concluyó que el operativo en el que murió Arturo Beltrán Leyva fue una escalada más en la guerra contra el crimen organizado, pero se preguntó si era “un cambio radical de

estrategia o una nueva aventura que pudiera conducirnos a incrementar la violencia”. Y añadió:

Pudo ser consecuencia de la intervención cada vez mayor de la DEA, que ahora tiene presupuesto para realizar labores de inteligencia humana en México y, encuadrándonos en el modelo de Colombia, investiga posibles nexos del narco con la guerrilla mexicana. O pudo ser iniciativa de Felipe Calderón para mostrar avances en una guerra fallida que hoy, merced a la nueva estrategia, pudiera convertirse en un combate sin cuartel.

Al día siguiente del operativo en Cuernavaca, en el periódico *El Financiero* publiqué un texto en el que sugería que con este hecho se inauguraban nuevos parámetros en el combate al narco en nuestro país, los cuales habían sido anunciados 24 horas antes por el secretario de Marina, Mariano Francisco Saynez Mendoza:

El hecho de que marinos de élite de la Armada mexicana hayan ubicado y eliminado a Arturo Beltrán Leyva, excluyendo explícitamente del operativo en Cuernavaca lo mismo a la Secretaría de la Defensa Nacional que a la Secretaría de Seguridad Pública y a la Procuraduría General de la República, revela un rediseño del combate a la delincuencia organizada en México, en total empatía y con información sensible y recursos de parte del gobierno de los Estados Unidos.

El secretario de Marina, ni más ni menos, fue el encargado de anunciar este nuevo esquema que finalmente privilegia labores de inteligencia sobre la reacción coyuntural, la instalación de retenes militares, los cateos indiscriminados y la presencia masiva de tropas y agentes federales en carreteras y calles.

Para quien quiso oírlo con atención el martes 15, en un desayuno de fin de año con la prensa, el almirante Mariano Francisco Saynez Mendoza habló de que infantes de Marina harían operativos “quirúrgicos” relevando al Ejército en donde fuera posible, “pues no queremos que haya tantos frentes abiertos”.

Fue más explícito:

“Se cambia la táctica, la forma de operar. Donde sea necesario que estemos, tengamos información, la oportunidad de actuar y los medios, lo vamos a hacer.”

La Armada ya había realizado operativos exitosos en Nuevo León y en el propio Morelos, donde el viernes 11 los infantes de Marina incursionaron en una residencia de Tepoztlán en la que Ramón Ayala y sus Bravos del Norte, al igual que Los Cadetes de Linares, actuaban para Beltrán Leyva, Edgar la Barbie Villarreal y varios de sus cómplices.

Saynez Mendoza no lo dijo, pero encargar a marinos esa operación quirúrgica (con tropas entrenadas que descendieron de helicópteros) fue un ensayo general para probar que se pueden ejecutar capturas y tomas de casas de seguridad sin que se filtren antes los datos a los delincuentes objeto de esas acciones, como ha ocurrido en el pasado.

La información sensible sobre los movimientos de la cúpula del cártel de los hermanos Beltrán Leyva provino del trabajo de inteligencia de la Marina, pero también de datos que aportó Washington.

El mismo día en que Saynez revelaba la sustitución del Ejército en algunos casos, el gobierno de Barack Obama entregaba cinco helicópteros Bell 412 a México. Su enviado para el acto era John Brennan, asesor presidencial en temas de seguridad interna y antiterrorismo, quien perfiló la filosofía del “nuevo trato” bilateral México-Estados Unidos: “Hemos forjado una nueva relación basada en la responsabilidad, el compromiso y el entendimiento compartido”.

En ese contexto dio a conocer que Washington ya ha preparado a por lo menos tres mil policías federales, entre ellos más de 240 mandos medios y altos.

El titular de la Armada anunció que los marinos recibirán en 2010 aviones tipo patrulla marítima para combatir el tráfico de drogas por esa vía. Son CASA CN-235 de fabricación española. Asimismo, como parte de la Iniciativa Mérida, se contará con vehículos, armamento, equipos de visión nocturna, chalecos antibalas y un mejor entrenamiento.

Por las mismas fechas, reporté que Arturo el Barbas Beltrán había sido colocado entre los capos del tráfico de drogas más peligrosos del mundo, en la lista negra de los más

buscados por Washington. Además, el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos acababa de congelar los fondos de 22 personas y 10 empresas a quienes se imputaban nexos con la organización de los Beltrán Leyva, responsable “de actos de violencia terrible por dinero”, según rezaba la información publicada dos semanas antes del “asesinato de Estado”.

Más claro ni el agua: un día después de que el gobierno de los Estados Unidos entregara al gobierno mexicano cinco helicópteros Bell 412, como parte de la ayuda enmarcada por la Iniciativa Mérida, el operativo contra Beltrán Leyva fue llevado a cabo con aeronaves del mismo tipo. Comenzando 2010 se aplicó la misma receta en La Paz, Baja California, durante la captura —aunque esta vez sin violencia y sin muertos— de Teodoro García Simental, el Teo o el Tres Letras, quien operaba en la península.

Desde hacía ya varios años Arturo Beltrán Leyva, conocido como el Barbas, el Botas Blancas y el Jefe de Jefes, vivía en Cuernavaca, Morelos; eso se sabía. Apenas el viernes 11 de diciembre de 2009 había organizado una fiesta en Ahuatepec, en el camino hacia Tepoztlán, en la que las fuerzas federales irrumpieron y capturaron a Ramón Ayala y Los Bravos del Norte y a Los Cadetes de Linares, famosos grupos de música norteña de los que suelen contratar los barones mexicanos de la droga.

Durante la disputa a muerte que se desató tras la ruptura de los Beltrán con el cártel de Sinaloa, los hermanos —ya unidos con Los Zetas, el cártel del Golfo y un importante segmento del cártel de Carrillo Fuentes— comenzaron a luchar por hacerse del control de varias de las plazas que pertenecían al Chapo y cooptar a sus lugartenientes. Por ejemplo, en Guerrero encabezaron a Los Pelones y en Sonora usurparon el mando de Los Güeritos.

En esta guerra el tercer frente ha sido el Estado y el cuarto las instituciones corruptas del mismo. En mayo de 2008 Arturo Beltrán ordenó la ejecución del comandante federal Edgar Eusebio Millán, después de que este alto mando de la Policía Federal Preventiva (PFP) persiguiera y enfrentara a un ejército de pistoleros de los Beltrán. Esta últi-

ma operación inició cuando varias camionetas procedentes de Guerrero intentaron pasar la caseta de Alpuyecá, Morelos, sin identificarse. En la espectacular persecución murieron cuatro sicarios —quienes a su vez liquidaron a seis policías federales— y fueron capturados nueve escoltas del *Barbas* que habían pertenecido a diversos batallones de la XIII Zona Militar en Nayarit. Entre los desertores detenidos estaban Marco Antonio Vargas Tovar, Mario Ortega Zúñiga, Arturo Huízar Montes, José OdiIón Verdín Rodríguez, Óscar Manuel Carrillo Orozco y Juan José Altamirano Delgado. La maniobra dejó en evidencia la protección de la que gozaba Arturo Beltrán por parte de militares retirados y en activo. Además, en aquella ocasión la fuerza pública incautó 10 fusiles de asalto, un lanzagranadas, ocho granadas de mano y de fragmentación, celulares y aparatos de comunicación Matra, idénticos a los que usan las policías.

Durante los meses previos a estos hechos, habían aparecido al menos 10 narcomantas en Sinaloa y Sonora en las que se leían amenazas contra el Ejército, contra la PFP y contra el cártel del Chapo Guzmán y el Mayo Zambada. Una de éstas decía: “Voy con todo, sépanlo policías, soldados, para que les quede claro: el Mochomo sigue pesando. Atte. Arturo Beltrán Leyva”.

Año y medio después, los Beltrán perdían la apuesta plasmada en la manta y el reto se les revertía. El Estado parecía multiplicar acciones en su contra, según pudo confirmarse tras la muerte del ex testigo protegido Edgar Bayardo —asesinado a balazos en un café de la colonia Del Valle el último día de noviembre de 2009—, quien ayudaba a la DEA y a los hermanos Zambada con información para la captura de integrantes del nuevo cártel de los Beltrán-Zetas-Golfo.

Los Beltrán Leyva resultaron ser capos efímeros. Faltos de liderazgo, refulgieron menos de un lustro en el firmamento del imaginario popular como traficantes extremadamente violentos. Durante varios años fueron sólo operadores y cuando quisieron ser jefes absolutos su poderío resultó siempre subordinado, espurio, prestado. Lograron acumular riquezas y armamento, según analistas consultados en Sinaloa, a los mismos niveles que el Chapo y el Mayo, pero

nunca consiguieron, como sus viejos jefes, las relaciones nacionales e internacionales necesarias para convertirse en intocables e inalcanzables para el brazo de una ley que se alarga o se retrae según las conveniencias del momento. Debido a sus limitaciones, los Beltrán eran extremadamente violentos. No pintaban en el negocio global, eran un accidente minúsculo, una fisura peligrosa que podía, eso sí, descomponer la maquinaria transnacional que trafica la droga. Reyes locales, parías internacionales: desechables.

Hubo sólo un episodio que pudo cambiar la suerte de los Beltrán. Se trata de la historia que varios ex agentes de la AFI narraron por escrito a diputados de la LX Legislatura a finales de 2008. Los testimonios aseguran que Arturo Beltrán y sus hombres sometieron a la escolta del secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna, desarmándola e imponiendo un encuentro entre el capo y el funcionario. La reunión y su escenografía fueron ventiladas en el Congreso, pero no se investigó más. El texto-denuncia, sin embargo, aporta los números de serie de todas las armas de cargo de los guardaespaldas retenidos por los traficantes; enlistaban a un total de 86 agentes-escoltas que protegían a García Luna.

Hasta aquí la descripción sintetizada de lo que podría adivinarse después de la sanguinaria liquidación del capo de un cártel naciente, de un grupo criminal que fue herido de muerte el 16 de diciembre de 2009. Antes de continuar, hay que admitir que ninguna historia —y menos las relacionadas con la peor delincuencia a la que México se ha enfrentado en décadas— es tan lineal como se pinta en la versión oficial ni como la simplifican muchos medios.

En las siguientes páginas intentaremos aportar una explicación sustentada en documentos oficiales y hemerográficos, apoyada en largas conversaciones con protagonistas y testigos cercanos al fenómeno del tráfico de drogas, que vaya más a fondo. Por la naturaleza de las fuentes, estará salpicada de anécdotas de la vida real sobre cómo surgen, se mantienen, hacen alianzas, rompen súbitamente y se ejecutan entre sí, líderes y sicarios; cómo grupos antagónicos se arrebatan territorios o intentan dominar las rutas del trasiego de sustancias ilícitas. Asimismo, quedará en evidencia

cómo lo que más importa ni siquiera es investigado, pues miles de millones de dólares fluyen hacia destinos inciertos: el restaurante donde comes, el hotel en que te hospedas, los alimentos y bebidas que ingieres, los vehículos y las aeronaves en que viajas. En México, poco a poco todos los aspectos de la vida han sido invadidos por dinero cuyo origen es ilícito, aunque se haya legalizado a través de bancos, casas de cambio, cajas de ahorro, inversiones inmobiliarias u obras de infraestructura, incluso en comunidades indígenas y templos religiosos, como se verá más adelante.